

LOS GUARDIANES EN

LA SENDA DE LAS BESTIAS



LIAN
TANNER



LA SENDA DE LAS
BESTIAS



LOS GUARDIANES EN
LA SENDA DE LAS
BESTIAS



LIAN
TANNER

Traducción de Jaime Valero Martínez

ANAYA

Título original: *Path of Beasts*

1.ª edición: enero de 2018

© Del texto: Lian Tanner, 2012
Publicado por primera vez en Australia por Allen & Unwin, 2012
© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2018
© Grupo Anaya, S. A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta e ilustración de Xavier Bonet

ISBN: 978-84-698-3622-4
Depósito legal: M-30221-2017
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE



El Museo de Coz	11
La ciudad sitiada	13
Un paquete con basura	23
La princesa Frisia	29
Enemigos acérrimos	37
Una buena guerrera	45
Reencuentro... y despedida	57
Un artefacto notable	65
La primera ofensiva	73
La promesa	91
La primera y única línea defensiva	101
La segunda ofensiva	111
La buenaventura	117
Unos rumores cuidadosamente extendidos	129
La tercera ofensiva	141
La oferta del Adalid	153
Días aciagos	159
Velas carmesíes	173
La Vieja Bruja	181

Traición	193
La trampa	205
Dupla	213
¡Que el Gran Fetiche nos proteja!	223
Peste a bordo	233
La intrépida tía Elogia	249
El bombardeo	261
Lugareño y forastero	281
Un lugar fuera del tiempo... ..	297
La Senda de las Bestias	315
Salvación	329
La batalla final	341
La salvación es un arma de doble filo	355

*Para Jesse, Maddii y Seb,
con amor*

EL MUSEO DE COZ

Historia oculta

Esta es la letra de una vieja canción de Lejania:

¿Quién recorrerá la Senda de las Bestias?

Han de ser tres.

Dos enemigos acérrimos

y uno más que camine entre ellos,

que debe ser amigo y enemigo,

lugareño y forastero.

¿Adónde conduce la Senda de las Bestias?

A un lugar fuera del tiempo

del que nadie

ha regresado nunca.

¿Qué alberga la Senda de las Bestias?

Horror para quienes se precipitan.

Muerte para quienes se demoran.

Pero en el caso de Lejania,

alberga la salvación.

Antes de Goldie Roth, la última persona que recorrió la Senda de las Bestias fue el padre de Herro Dan, acompañado por dos de sus hermanos. Ninguno de los tres eran enemigos acérrimos —nada más lejos—, pero su país estaba siendo arrasado por los invasores de Merne, así que estaban desesperados.

Dan, que tenía seis años en aquella época, recordaría su marcha durante el resto de su vida.

Ninguno de ellos regresó.

LA CIUDAD SITIADA



Era de noche cuando los tres niños entraron en la ciudad de Alhaja. Sucios y harapientos, avanzaron entre las sombras, sin hacer el menor ruido al pisar sobre el suelo empedrado.

Se habían pasado varias semanas fuera, desde que fueron arrancados de su hogar sin que tuvieran ocasión de despedirse, así que se morían de ganas de ver a sus padres. Pero cargaban con varios secretos a sus espaldas, secretos que les supondrían una condena a muerte si eran capturados por la gente equivocada. Por eso se detenían a escuchar en cada esquina. No vieron a nadie, pero tenían erizados los pelillos de la nuca, y el rostro lívido a causa de la tensión.

Aquella no era la ciudad que habían dejado atrás. El miedo flotaba en las calles, tan denso como un banco de niebla. La luz de los faroles de acuagás parecía temblaquear mientras se proyectaba sobre las aceras desiertas. Las casas, con las puertas atrancadas y las cortinas echadas, contenían el aliento.

Los niños siguieron adentrándose en la ciudad, hasta que finalmente llegaron hasta el puente de las Bestias, a

su paso por el Gran Canal. Allí se detuvieron, atentos a cualquier indicio de movimiento. Después, cruzaron el puente de uno en uno.

Ya estaban cerca de sus casas. No veían el momento de llegar. Pero durante las últimas semanas habían aprendido la importancia de ser cautelosos, así que volvieron a detenerse.

Y menos mal que lo hicieron. En algún lugar cercano, una bota rechinó sobre los adoquines. De inmediato, Goldie hizo una señal con la mano y los tres niños se agazaparon entre las sombras que se extendían sobre el final del puente. Flemo agarró la empuñadura de la espada que llevaba colgada a la cintura. Su hermana pequeña, Linda, echó mano de su arco. Pero Goldie negó impetuosamente con la cabeza, y sus amigos no hicieron ningún movimiento más.

Los cinco hombres que avanzaban pavoneándose por mitad de la avenida eran soldados, sin duda, aunque sus uniformes y sus morrales parecían confeccionados a partir de flecos y retazos de una docena de ejércitos distintos. Llevaban unos rifles colgados sobre el pecho, y sus ojos y sus dientes resplandecían bajo la luz de gas. Parecía como si se creyeran los dueños de la ciudad y de todo cuanto había en ella.

Goldie contaba con encontrarse algo similar a esto, pero aun así le sorprendió muchísimo ver a esa clase de gente por las calles de Alhaja. Sin darse cuenta, su mano comenzó a acercarse furtivamente hacia la espada que Flemo llevaba a la cintura. Se le aceleró la respiración y...

¡No! Goldie apartó la mano. El lobo imperial, la ira bélica que albergaba muy a su pesar en su interior, acechaba bajo la superficie. Si Goldie desenfundaba esa espada, sería su perdición. La última vez que el lobo imperial la poseyó, estuvo a punto de matar a alguien. No pensaba arriesgarse a que volviera a suceder.

Contuvo su ira y rezó para que los soldados pasaran de largo lo antes posible.

Pero los soldados no parecían tener prisa. Uno de ellos, un hombre alto con unas patillas pelirrojas que le llegaban casi hasta la barbilla, apoyó su rifle en la valla del canal y sacó unas galletas y una cantimplora con agua de su morral. Sus compañeros lo imitaron.

Flemo le rozó la mano a Goldie, trazando una pregunta con los rápidos y sutiles movimientos del lenguaje dactilar. ¿Nos vamos o nos quedamos?

Goldie se mordió el labio. Flemo y ella podrían escabullirse fácilmente sin ser vistos. Si se lo proponían, seguramente podrían quitarles a los soldados las galletas de las manos y dejarles con la incógnita de saber qué había pasado con su cena. Pero Linda no había tenido el mismo adiestramiento y era posible que la vieran.

Goldie suspiró y respondió: *Nos quedamos.*

Los soldados se apoyaron en la valla, se pusieron a lanzarse galletas y a reírse con estrepitosas carcajadas, como si quisieran que los habitantes de las casas aledañas las oyeran y se echaran a temblar. Goldie se acordó de los soldados con los que Flemo y ella se toparon en las profundidades del Museo de Coz, al otro lado de la Puerta

Furtiva. Esos soldados eran el remanente de una guerra ancestral que solo se mantenía activa en el interior del museo. Portaban lanzas, espadas y mosquetes antiguos, y hablaban con el acento de la Vieja Merne.

Pero estos eran hombres modernos, y de sus uniformes confeccionados con retales se deducía que eran mercenarios, cuya lealtad se podía comprar y vender. Goldie se preguntó qué habrían hecho con la milicia de la ciudad. ¿Y dónde estaba la Protectora Suprema? Ella jamás habría tolerado la presencia de mercenarios en las calles de Alhaja...

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por el sonido de un carricoche que traqueteaba sobre el empedrado. Los mercenarios volvieron a guardar apresuradamente la comida y la bebida en sus morrales, y echaron mano de sus rifles.

—¿Qué clase de idiota sale a conducir después del toque de queda? —gruñó el soldado pelirrojo—. ¡Cualquiera diría que quieren que los encierren en la Casa del Remordimiento!

—Vienen por ahí —dijo uno de sus compañeros, que se plantó en mitad de la carretera.

Unas ruedas radiadas avanzaron hacia él. Se oyó el rugido de un motor, y unos faros atravesaron las sombras que rodeaban a los niños. Goldie no se atrevió a mirar a sus amigos, pero notó cómo Linda, que estaba a su lado, se ponía muy tensa; y Flemo, que se balanceaba sobre las plantas de los pies, estaba listo para echar a correr. Si los mercenarios se dieran la vuelta en ese momento...

Pero los soldados se habían distribuido a través de la avenida, bloqueando el paso al carricoche que se aproximaba. Por un instante, Goldie pensó que no se iba a detener. Avanzaba hacia los soldados a un ritmo constante, bañándolos con su luz. El claxon resonó dos veces. Una voz furiosa gritó algo incomprensible. Los mercenarios empuñaron sus rifles y apuntaron cuidadosamente hacia la cabina que se encontraba al otro lado de los faros.

Con un chirriar de frenos, el carricoche se detuvo en seco. El motor se apagó. Se oyó otro grito, pero esta vez Goldie lo entendió con claridad:

—¿Cómo os atrevéis? ¿Cómo os atrevéis? ¡Apartaos de mi camino inmediatamente!

Los mercenarios no se movieron.

—Salga del vehículo —dijo el mercenario pelirrojo con desgana—. Venga, rapidito.

Se oyeron unos murmullos y, para alivio de Goldie, los faros se apagaron. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio a dos personas que se estaban apeando del carricoche. Dos personas ataviadas con las gruesas togas negras y los sombreros cuadrados propios de los tutores sagrados.

Goldie sintió una oleada de aversión. Habían pasado más de seis meses desde que los tutores sagrados desaparecieron de la ciudad. La Protectora Suprema los sometió primero a juicio, por traición y crueldad. Después, los desterró a todos de Alhaja, sin excepción, con la advertencia de no regresar jamás.

Pero aquí estaban otra vez.

Goldie le rozó la mano a Flemo. *Vámonos mientras sigan distraídos*, le indicó.

Flemo asintió, y le susurró algo al oído a su hermana. Pero antes de que pudieran ponerse en marcha, los dos tutores pasaron entre los mercenarios y se encaminaron directamente hacia el final del puente.

—¡Eh! —gritó el mercenario pelirrojo, que salió tras ellos con las patillas erizadas—. ¿Adónde creéis que vais? Se supone que no debe haber nadie en la calle por la noche. Esas son las órdenes.

Los tutores sagrados se detuvieron, a escasos pasos del lugar donde estaban agazapados los niños. Uno de ellos, un hombre con la piel pálida y los ojos saltones, enarcó las cejas.

—¡El toque de queda no nos afecta a nosotros, necio! —exclamó con aspereza—. Ve a hacer cumplir tus órdenes a otra parte.

Después se dio la vuelta hacia su acompañante, como si los mercenarios ya se hubieran ido, y ondeó una mano hacia el canal.

—Este sitio servirá. La marea es fuerte, y los diques están abiertos. La... eh... la basura llegará hasta el mar antes de que amanezca.

—Pero ¿y si no es así? —repuso la otra tutora, con inquietud—. Si alguien lo ve, podría causar problemas.

El corazón de Goldie le golpeó con fuerza en las costillas, y sus dedos se aferraron al broche con forma de pájaro que llevaba sujeto por dentro del cuello de la camisa. Los tutores no tenían más que girar la cabeza para descubrirlos, a sus amigos y a ella.

—Si alguien lo ve —dijo el hombre pálido—, le convenceremos de que en realidad no ha visto nada. —Serio—. Y si persiste en su error, en fin, creo que todavía hay un montón de celdas libres en la Casa del Remordimiento.

Por detrás del tutor, los mercenarios cuchicheaban entre ellos. Al soldado pelirrojo no le había hecho ninguna gracia que lo llamaran necio y, cuando los guardianes se dieron la vuelta para regresar al carricoche, se interpuso en su camino.

—Tal y como yo lo veo —dijo—, cuando dicen que no debe haber nadie por la calle, eso se refiere a todo el mundo. Nuestras órdenes no incluyen ninguna excepción para personas con sombreros ridículos.

Sus compañeros soltaron una risita. El hombre pálido suspiró y replicó lentamente, como si estuviera tratando con niños pequeños:

—Escucha con atención. Soy el tutor Afable, y esta —señaló con la cabeza a la mujer que estaba a su lado— es la tutora Mansa. Hemos venido por encargo del Adalid. ¿Te acuerdas del Adalid? —añadió con sarcasmo—. Es nuestro líder. También es el Sumo Protector Divino de esta ciudad. Lo que significa que, mientras estéis contratados por él, también es vuestro líder.

Goldie sintió el tacto frío de la mano de Linda, que le estaba agarrando la suya, y comprendió que sus amigos se estaban preguntando lo mismo que ella. Si el Adalid, el peor traidor en la historia de Alhaja, estaba realmente al mando y se hacía llamar Protector, ¿qué habría sido de la verdadera Protectora?

—No sería buena idea importunarnos —prosiguió el tutor Afable—. Es más, haríais bien en ayudarnos. Hay cierto paquete del que necesitamos deshacernos. Por favor, sacadlo del vehículo y traedlo hasta aquí.

El mercenario pelirrojo soltó un bufido.

—¿Pretendes que trabajemos para vosotros? ¡Ni lo sueñes!

Dicho esto, comenzó a alejarse. Los demás mercenarios lo siguieron.

—Si sabes lo que te conviene, lo traerás hasta aquí. Somos sirvientes de los Siete Dioses, que no tendrán piedad con aquellos que se enfrenten a nosotros.

Había algo en la estridente voz del tutor Afable que le puso la piel de gallina a Goldie. Batió los dedos para repeler la atención de los Siete Dioses. El mercenario pelirrojo hizo lo propio. Pero siguió caminando.

El más joven de los mercenarios, sin embargo, titubeó.

—¿Qué clase de paquete?

—Solo es un puñado de basura del que queremos deshacernos —se apresuró a responder la tutora Mansa—. Un tipo tan fornido como tú no tardaría ni un minuto en arrojarlo al canal...

—¡Déjalo! —bramó el mercenario pelirrojo, girando la cabeza—. Es asunto suyo, no nuestro. ¡No vamos a aceptar órdenes de esta gente!

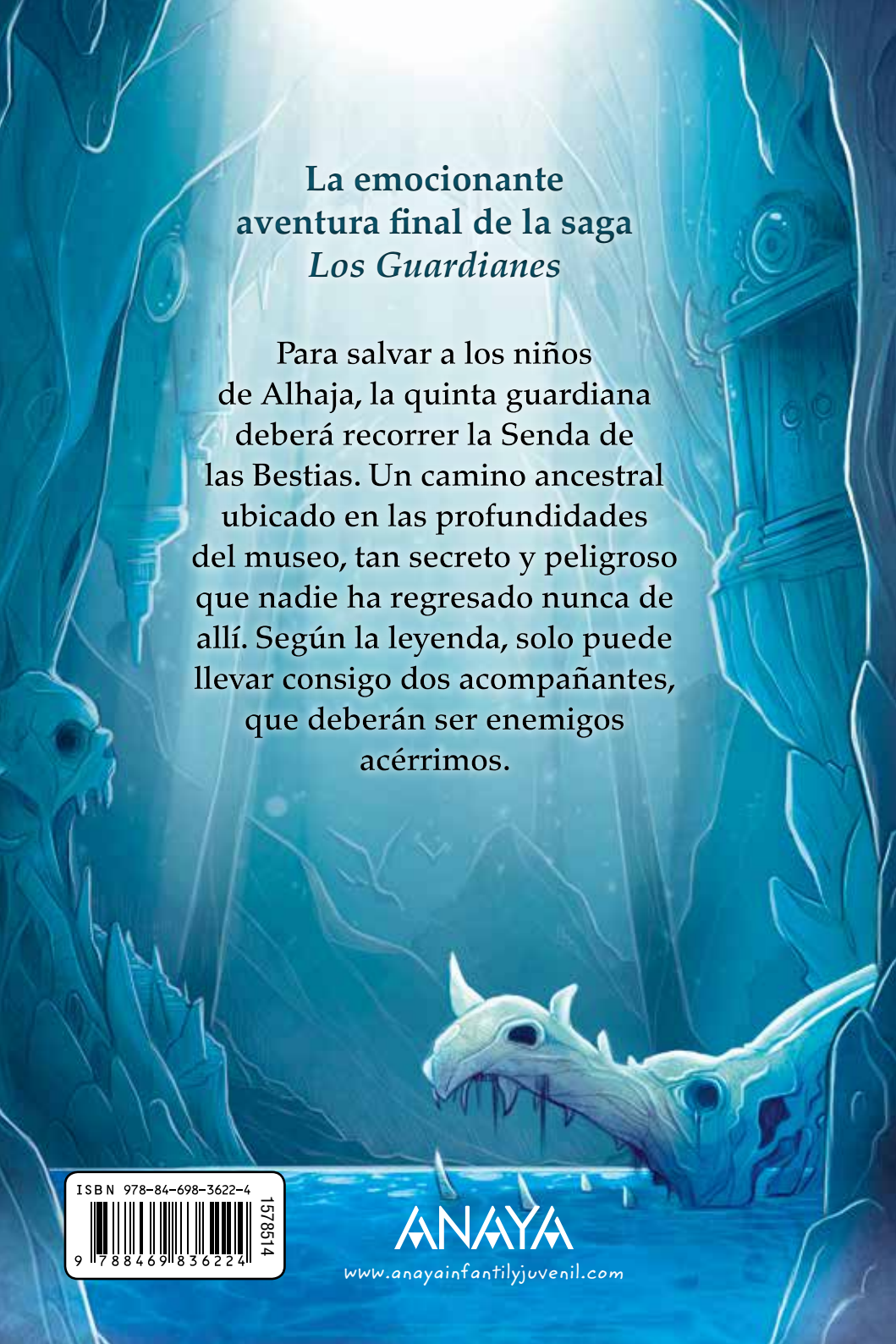
—Me parece que no sabes cuál es tu sitio... —dijo el tutor Afable.

Lo interrumpió un sonido tan cotidiano como el de un hombre carraspeando. Tuvo un efecto inmediato. Los

tutores se pusieron tensos. Goldie sintió un escalofrío. Oyó el siseo de la respiración de Flemo, y notó cómo Linda le clavaba las uñas en la mano.

La puerta del carricoche se abrió. Apareció una bota elegante, seguida por la inmaculada pernera de un pantalón. Una capa, más negra que una noche sin luna, se desplegó alrededor de aquella pierna, formando unos pliegues perfectos. Una espada centelleó bajo la luz de los faroles.

Era el Adalid.

The background is a blue-toned illustration of a cave. In the foreground, a dragon skull with horns and sharp teeth is partially submerged in water. The cave walls are textured and feature some circular openings or niches. Light rays filter through the top of the cave, creating a hazy atmosphere.

La emocionante
aventura final de la saga
Los Guardianes

Para salvar a los niños de Alhaja, la quinta guardiana deberá recorrer la Senda de las Bestias. Un camino ancestral ubicado en las profundidades del museo, tan secreto y peligroso que nadie ha regresado nunca de allí. Según la leyenda, solo puede llevar consigo dos acompañantes, que deberán ser enemigos acérrimos.

ISBN 978-84-698-3622-4



9 788469 836224

1578514

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com